



CAMPAÑA INSPECTORIAL 2018 / 2019 “PRIMERO, LOS ÚLTIMOS”

“Dios no quiere que se pierda ni uno sólo de estos pequeños” (Mt. 18, 12 - 14)

RETIRO 2: EL BUEN SAMARITANO

¿Y quién es mi prójimo?

Oremos

Tomamos conciencia del bien que hacemos y que tenemos ocasión de hacer cada día allí donde vivimos y con las personas con quienes compartimos trabajo, amistad, convivencia, comunidad... Nos alegramos de las posibilidades que tenemos, pero también reconocemos nuestras miserias.

Pedimos ser capaces de dejar de lado quebraderos de cabeza y preocupaciones, y de abrirnos a su Palabra y dejarnos guiar por ella.

Pedimos el don de comprender el Evangelio que contemplaremos y para conocer, amar y seguir mejor a Jesucristo y darlo a conocer a los demás.

Hechos de vida

¿Quiénes acostumbran a ser los últimos en la sociedad? ¿Quiénes son los “descartados” de nuestro entorno?

Aportemos noticias que hemos escuchado o bien situaciones que hemos presenciado nosotros mismos.

Lc 10,25-37

✓ Leemos el evangelio:

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerle a prueba: -Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Jesús le dijo: -¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?

El respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo».

Jesús le dijo: -Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida.

Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: -¿Y quién es mi prójimo?

Respondió Jesús diciendo: -Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de

unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite i vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: -Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva.

¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

Él dijo: -El que practicó la misericordia con él.

Jesús le dijo: -Anda, y haz tú lo mismo.

Comentario bíblico

Todo el mundo es nuestro prójimo

La parábola del buen samaritano va precedida de un diálogo de Jesús con un maestro de la Ley de Moisés sobre el mandamiento más importante. La pregunta que hace a Jesús no es superflua, si tenemos en cuenta que la tradición judía reconoce 613 mandatos contenidos entre los libros de la Torá; no todos, evidentemente, de la misma importancia. Jesús devuelve la cuestión al maestro para que se posicione, y este selecciona dos de los 613 preceptos, a los que concede la máxima importancia: Ama al Señor con todo el corazón (cf. Dt 6,4) y ama al prójimo como a ti mismo (cf. Lv 19,18b).

El primero de los dos preceptos forma parte del inicio de un conjunto de textos de la Torá que los buenos judíos recitan aún hoy tres veces al día, como una especie de profesión de fe: la llamada oración del Shemá o ¡Escucha Israel! (Cf. Dt 6,4-9; 11,13-21; i Nm 15,37-41). El segundo, extraído del libro del Levítico, forma parte de un conjunto de normas de carácter social, y viene a ser como el resumen de todas ellas.

Jesús alaba la respuesta del maestro de la Ley porque la comparte. Y esta alabanza que recibe le da pie a una segunda pregunta: ¿quién es mi prójimo? Esta pregunta puede resultar innecesaria, ya que para nosotros el prójimo son todos los demás; pero no era así en tiempos de Jesús, ya que en el Antiguo Testamento la palabra hebrea, que traducimos ordinariamente por prójimo, tiene el significado ordinario de vecino. Y así, cuando el Antiguo Testamento manda amar al prójimo está mandando amar a los parientes y vecinos, es decir, a los que son de los nuestros.

Y se entiende que Jesús responda con una parábola en la que traspasa la frontera de los nuestros. Ni el sacerdote ni el levita actúan como prójimo del pobre malherido. En cambio, un hereje samaritano es quien se acerca a socorrer al herido. Uno que no es de los nuestros se compadece y actúa. ¡Él sí que ha sido el prójimo del infeliz robado y malherido!

Esta parábola ha servido para dar el sentido cristiano del término prójimo: ya no son sólo los parientes, vecinos y amigos; sino también los otros, los que no son de los nuestros; o, incluso, los que son nuestros enemigos, como el caso del samaritano. ¡Todos son nuestro prójimo!

- ✓ Volvemos a leer personalmente con calma el texto evangélico.

¿Qué vamos descubriendo de Jesús? ¿Qué Buena Noticia me quiere transmitir?

- ✓ A la luz de esta parábola pensamos en las experiencias personales, de Iglesia, de comunidad religiosa o educativa. Y nos preguntamos si estamos en línea evangélica y salesiana.

Evidentemente, cuando Jesús explica la parábola al maestro de la Ley le está dando a entender que él no solamente está de acuerdo con el Buen Samaritano, sino que él está obrando como él. El mismo Jesús es el primer Buen Samaritano que pone en acción la misericordia con sus gestos, con su propia vida puesta a disposición de todo el prójimo, hasta la muerte. Un Jesús que se coloca en lugar del Templo, sacrificios, sábados, leyes...

Jesús nos invita a hacernos la pregunta: ¿quién es tu prójimo?

El sacerdote y el levita entendían la búsqueda de Dios como una profesión. Su “profesión” era buscar a Dios siguiendo la tradición religiosa oficial. Pero, resulta que aún viendo al malherido, no se entretienen a mirarlo o no se atreven a hacerlo, no fuese que se tuviesen que compadecer con todas las consecuencias que esto comporta.

Martin Luther King, comentando esta parábola en “La fuerza de amar”, afirma que el sacerdote y el levita se preguntaron: “¿Qué me pasará si me entretengo a socorrer a este desgraciado?” En cambio el samaritano se preguntó: “¿Qué le pasará a este hombre malherido si no me paro a ayudarlo?”. Son dos maneras de mirar la realidad. En la primera empiezo por mirarme a mí mismo: yo, primero. En la segunda, el otro es el primero. Ésta es la manera de mirar de Jesús.

¿Quién es mi prójimo?

El que no me espero. El prójimo no lo elijo yo, sino que me lo encuentro por el camino sin tener ocasión de evitarlo, de cambiar de acera. Como el samaritano, ¿soy capaz de acercarme y mirarlo con atención?

El que no me conviene, porque me hará perder el tiempo y quizás la jornada, y todavía tendré que poner dinero. Como el samaritano, sin hacer cálculos oportunistas de peligrosidad, ¿me dejo llevar por la compasión que me producen los más vulnerables?

El que produce heridas en la imagen. Seguramente me manchará con su sangre. Dañará mi imagen. Me dejará mal más de una vez. Como el samaritano, ¿paso a una acción concreta, eficaz?

El que no me podrá devolver todo el bien que le habré hecho. Quien es el último no tiene medios para pagarme. ¿No es lo mismo que me pasa a mí con Dios? Como dice el salmo: *¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?* (Salmo 116,12). Como el samaritano.

El que no piensa como yo. El samaritano no ve un enemigo en el judío malherido, sino a un hombre que lo está pasando mal. Es el último: bien se merece todas las atenciones. No es un adversario; es un hermano.

Aportemos testimonios

Pensamos en personas concretas que aciertan a actuar evangélicamente cuando se han encontrado

Oración personal

Me imagino a Jesús, el auténtico buen samaritano, delante mío y hablo con él, como un amigo lo hace con otro amigo. Le abro el corazón, le comunico todo aquello que llevo dentro después de leer este texto evangélico.

Tal vez yo también llevo heridas en el corazón o me siento poco valorado o menospreciado. Y percibo como Dios se fija en mí, me acoge, me trata amorosamente, me lava las heridas. Y le doy gracias por la consideración que me ha mostrado. Porque, a pesar de ser el último, sé que en su corazón soy el primero.

Llamadas

Anda, y haz tú lo mismo. Jesús me pide concretar un compromiso. ¿Me quiero ver comprometido en aquello que él me enseña hoy?